

## CAPITULO VII.

EN EL CUAL REVELA LA HISTORIA NATURAL LAS  
PORIDADES DE LA RAZA FINA Y LA ORDINARIA.

**C**ONCHA apareció radiante ante el altar: los circunstantes, como movidos por un resorte mucho más profano de lo que en sí pudiera serlo Concha, apartaron simultáneamente los ojos de la Dolorosa y de las banderitas, para contemplar á aquella placentera criatura.

Don José de la Luz miró á Concha de arriba á abajo. Doña Lola sofocó un grito de su corazón con un grito de su conciencia.

—Concha está muy bonita, pensó, pero no debía vestirse así, y yo tengo la culpa.

El sastre pareció haberse picado con una aguja, por que se chupó los dedos.

El de la guitarra palideció: se sentía destemplado.

Concha atravesó todas las piezas de la casa, haciendo ese ruido compacto, sordo y peculiar del calzado nuevo.

A Concha le gustaba oír aquel ruido: andaba casi solo por oírlo.

Y sus piés seguían comunicándose con su cerebro.

El autor consulta á sus lectoras.

¿No es verdad que hay presiones exteriores que transmiten á veces un mundo desde la superficie de vuestro cuerpo hasta lo más recóndito de vuestro pensamiento?

Concha, en una palabra, estaba preocupada con sus piés; era la primera vez que se calzaba así, y deseaba con mucha razón calzarse así siempre.

A las ocho y media se oyó el ruido de un carruaje que paraba á la puerta de la casa, y en seguida el crujir de la seda en las escaleras.

Concha se precipitó al corredor y salió al encuentro de las visitas.

Eran estas las amiguitas ricas de Concha. Con ellas venían los amiguitos.

Y con los amiguitos Arturo.

Se oyeron cuatro besos, y en seguida rumor de voces.

Concha conducía de la mano á Ernestina.

Detras venía Sara, después Edmundo y luego Arturo.

Fué necesario esperar á que el corredor se despejara de la nube de curiosos que lo invadía, para que las amiguitas de Concha pudieran pasar.

Los pocos asientos disponibles que había en la sala estaban ocupados por las dos octogenarias que habían comido dulce, por las señoras de la vivienda principal y por algunas personas desconocidas.

Las amiguitas de Concha eran las pollas ricas, y los compañeros, como bien se comprende, eran pollos finos.

Por cuya calidad se consideraron dispensados de ser amables con aquellas pobres gentes, y solo murmuraron un "buenas noches" entre dientes y sin dirigirse á nadie.

De pié y acompañadas por Concha contemplaron por largo rato el altar.

Arturo y Edmundo se llevaron los sombreros hácia la boca como para tapar alguna sonrisa y se pusieron á ver, Arturo á Concha y Edmundo á la concurrencia, dirigiendo á todos, uno por uno, esa mirada altiva y desembarazada del pollo rico, mirada de onza de oro, mirada fija y resuelta, mirada *á plomo*, que bien pudiera llamarse *á plata*.

Concha enseñaba á sus amiguitas uno á uno los primeros del altar é hicieron grandes elogios del tapete.

Concha miró al sastre que estaba enfrente oyendo sus honras.

Las amiguitas vieron al sastre.

El sastre vió á las amiguitas y á Concha.

—¿Conque el señor es..... se dignó decir Ernestina.

—Sí, señorita, se atrevió á decir el sastre poniéndose colorado.

—Mira, Sara..... el señor es el que hizo el tapete.

—¡Ah! balbutió Sara con un movimiento de cabeza de *primo cartelo*.

Doña Lola y Don José eran simples espectadores.

Aquella incrustacion aristocrática de cuatro pollos elegantes habia impuesto á los concurrentes mas silencio que la Dolorosa con sus cuarenta velas.

Las pollas encontraron que allí hacia mucho calor, á pesar de que no cesaron de mover el abanico, cuyo ruido era el único que interrumpia el silencio.

Concha hizo pasar á sus amiguitas á la pieza inmediata, en donde las sirvió personalmente vasos de horchata.

Hasta aquel momento, la sed reinaba en todas las fauces, y solo cuando hubieron tomado las pollas ricas empezaron á circular los refrescos entre los pobres.

La tertulia de cinco pollos quedó instalada definitivamente en la pieza inmediata á la del altar.

Arturo tomó una silla y se colocó junto á Concha.

Ernestina y Sara lo notaron.

Edmundo procuró hablar con las pollas á toda costa.

—Qué insoportable olor el del incienso!

—Es copal, dijo Sara.

—Huele á oratorio de indios, observó Ernestina.

—¿Qué le parece á usted el altar, Sara?

—Hay muchas visiones.

—Sea usted tolerante.

—Esa es mi opinion, ¿y qué le parece á usted la concurrencia?

—Detestable, contestó el pollo.

—¿Quién es la madre de Concha? preguntó Ernestina en secreto á Edmundo.

—Aquella gorda.

—¿Cuál?

—La que se cubre con un rebozo negro que está junto á aquel hombre de chaqueta.

—¿Esa?

—Esa.

—Parece increíble.

Entre tanto Arturo hablaba con Concha por lo bajo y á merced del rumor que se iba levantando á medida que los vasos con chia, horchata, limon y tamarindo circulaban por el corredor, por la sala y por toda la casa.

—Todo está dispuesto, decia Arturo.

—¿Y mi madre? preguntó Concha.

—Todo se arreglará.

—¿Va usted á hablarle?

—Si se hace necesario.....

Entre tanto una muger pecosa que bizcaba del ojo izquierdo, formaba el centro de un corrillo en el corredor.

—¡El taimado del sastre, decia, que se puso como unas granas..... ya se vé; si la tal Conchita no encuentra un acomodo pronto y en la calle, vá á revolver á toda la vecindad, tan curra y tan peripuesta, y luego pintada cuando es tan prieta como yo!

La bizquera y las pecas de esta muger no le habian impedido enamorarse del sastre ni mucho menos encelarse de Concha.

—Está quedando bien, continuaba, dirigiendo una mirada oblicua hácia la ventana desde donde se divisaba á Concha. Como ha puesto su altar; como ha sido la sacristana, sí, la sacristana. Ahí tienen ustedes á Concha la sacristana, que ni para eso sirve.

—¡Concha la sacristana! repitió una muger del grupo.

—¡Concha la sacristana! ¡ji, ji, murmuraron dos muchachos.

—¡Adios! ya se le quedó ese nombre, exclamó otra muger.

—¡Qué gusto! exclamó la bizca, castañeteando con la lengua; aunque á mí me digan *la bizca* como á ella le digan *la sacristana*; sí, la sacristana, la sacristana. Le voy á armar un loro, exclamó de repente, inspirada por una idea maligna.

Se adelantó algunos pasos hácia la puerta de la sala y llamó á Doña Lola.

—¿Qué le parece á usted, Doña Lola? le dijo; si esto ya no se puede tolerar; y si yo hablo es por usted y nada mas, que en cuanto á mí ni me vá ni me viene.

—Pero ¿qué? preguntó Doña Lola.

—Nada, no es nada: su hija de usted que porque tiene amigas ricas y novios elegantes; mírela usted por aquí por la ventana del corredor; venga usted y se convencerá de que esas encopetadas solo vienen á mofarse de todo; y

en cuanto al jovencito no digo nada: mírelo usted cómo arrima su silla á la de Conchita. Si se ven unas cosas.

Doña Lola se fijó en el grupo que formaban las amigas de Concha, y vió efectivamente lo que le hacia notar la bizca.

—Yo, mi alma, no soy madre todavía; pero la considero á usted y la respeto.

—Déjela usted, respondió Doña Lola, que se vayan las visitas y nos comeremos el gallo. Yo le haré ver.....

—Bueno, bueno, Doña Lola, hará usted bien, que se enseñe á respetuosa ante todas cosas.

Doña Lola volvió á la sala á ocupar su lugar junto á Don José, que ya hacia buen tiempo se encontraba descansando de sus botines.

La bizca, que se llamaba Casimira, seguia haciendo la crónica de la concurrencia.

—Bueno, bueno, repetia gozosa..... y despues exclamaba:

—Y luego, que ni un miserable vaso de chia nos han dado á los del corredor, y eso no es justo, que todas *semos* vecinas y todas lo trabajamos: yo presté dos platos que buena falta me hacen.

—A ver, exclamó, que nos traigan de beber: los de por aquí no hemos tomado y ya nos abrasamos de sed.

Una criada se acercó con un vaso y un jarro en que traía horchata y sirvió al grupo.

—Está un poco desabrida, dijo la bizca, despues de apurar el primer vaso: le falta dulce y tiene muy poca

canela. Beba usted, mi alma, le dijo á una compañera, vea usted qué horchata.

El corrillo de los pollos finos se habia animado tambien.

Ernestina miraba con desden los petates, Edmundo se burlaba de la multitud de imágenes de santos que habia colgadas en las paredes, y Arturo mantenía una acalorada discusion con Concha.

A poco rato la concurrencia fué retirándose: los pollos finos salieron haciendo un ligero movimiento de cabeza al pasar por la sala: el sastre empezó á apagar las velas, y el dia hasta aquel momento parecia haber terminado con felicidad; pero en el capítulo siguiente verá el lector que aquel viérnes fué efectivamente viérnes de Dolores.

## CAPÍTULO VIII.

### DE CÓMO UNA GALLINA VIEJA PUEDE HACER UN MAL GUISADO.

**D**E intento desistimos de pintar con pormenores la tumultuosa escena que tuvo lugar en la casa de Doña Lola cuando las visitas se hubieron retirado.

Aquello á que Doña Lola llamaba comerse el gallo, habia sido por parte de la madre de Concha, la reprobacion mas severa, mas cruel y mas impertinente que pueda darse.

Doña Lola fué un energúmeno, una furia, en el colmo de la indignacion y de la cólera.

Nosotros, en vez de copiar textualmente las palabras